

Cultura política, institucionalidad democrática y resonancias transnacionales en el movimiento zapatista

*Miguel Ángel Ramírez Zaragoza**
*Marco Antonio Aranda Andrade***

Resumen

Una parte de la importancia de los movimientos sociales radica en el cuestionamiento crítico del estado imperante de cosas, en la propuesta de proyectos alternativos y en la construcción de sujetos políticos colectivos. Junto con los aspectos organizacionales de estos actores colectivos, los trabajos de intervención cultural juegan un papel fundamental en el cambio de ideas, valores, símbolos y prácticas que buscan asegurar la construcción y el sostenimiento de sus proyectos de transformación. Sostenemos que el caso del movimiento zapatista representa un ejemplo notable de estos esfuerzos. Las instituciones de la autonomía indígena, y los proyectos construidos a partir de su resonancia en otras partes del mundo, posibilitan puentes que permiten concretizar el principio democrático de los pueblos gobernándose a sí mismos. A través de la revisión del trabajo de las vertientes interna y externa del movimiento, producto de la investigación de campo de los autores en los últimos años, sumaremos evidencias empíricas que buscan sostener los presupuestos enunciados aquí.

* Politólogo y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Es investigador titular "A" y coordinador de Investigación y Publicaciones del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Correo electrónico: [marz@politicas.unam.mx].

** Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Correo electrónico: [aranda.estudios@gmail.com].

Palabras clave: zapatismo, cultura política, institucionalización, solidaridad transnacional.

Abstract

One of the central aspects of the importance of social movements lies in the critical questioning of the prevailing state of affairs and in the proposal of alternative projects. Along with the organizational aspects of these collective actors, cultural interventions play a fundamental role in changing ideas, values, symbols and practices that seek to ensure the construction and sustainment of their transformational projects. Here, we affirm that the case of the Zapatista movement represents a notable example of these efforts. The institutions of indigenous autonomy and the projects constructed based on their resonance in other parts of the world, make possible ties that allow to concretize the democratic principle of the people governing itself. Through the study of the work made in the internal and external facets of the movement, product of the field research of the authors in recent years, we will add empirical evidence that seeks to sustain the presuppositions stated here.

Keywords: zapatism, political culture, institutionalization, transnational solidarity.

Introducción

El movimiento zapatista, tanto en su vertiente interna (proceso de construcción de su autonomía) como en su vertiente externa (conjunto de iniciativas políticas más allá de sus territorios —en donde se ha aliado con distintos actores políticos y sociales nacionales y extranjeros—), ha tenido como una característica central luchar por la construcción de la democracia en todas sus vertientes, formas y espacios. El zapatismo ha sido un verdadero constructor de *demodiversidad* y un defensor de la democracia de alta intensidad (Santos y Mendes, 2017). Este importante movimiento social de matriz indígena ha sido un su-

jeto político colectivo importante en los procesos de transformación política y social que ha vivido nuestro país y se ha convertido en una fuente de inspiración para la construcción de diversos sujetos políticos y sociales transformadores, tanto individuales como colectivos, que han contribuido, de diversas maneras, a la construcción de alternativas tanto al sistema capitalista como a la democracia de corte liberal. De ahí que la cultura política democrática que han construido con base en el “mandar obedeciendo” y que se ha materializado en una nueva institucionalidad democrática en sus territorios –como son los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) y las Juntas de Buen Gobierno (JBG)–, tuvo eco en otros actores y espacios sociales, tanto en nuestro país como más allá de sus fronteras.

En otros lugares hemos dado cuenta de la importancia del zapatismo en el cambio político y social en cuestiones tales como las diversas iniciativas y aportaciones del movimiento zapatista en las distintas coyunturas políticas en las que ha sido protagonista (Aranda, 2014; Ramírez, 2008); la construcción de su autonomía y de instituciones democráticas, así como de la crítica al sistema político y sus aportes a la transición de un gobierno autoritario a uno más o menos democrático (Ramírez, 2010; Aranda, 2017a); la educación autónoma como piedra angular de su proyecto político autónomo (Ramírez, 2011); los procesos de solidaridad e internacionalización de la lucha zapatista (Aranda, 2014 y 2017b); la conformación de una cultura política democrática basada en el mandar obedeciendo (Ramírez, 2017 y 2019); así como la coyuntura electoral reciente en México, donde el zapatismo junto con sus aliados del Congreso Nacional Indígena lanzaron una iniciativa de candidatura independiente (Aranda y Ramírez, 2019). Ello nos permite profundizar en este trabajo en las dimensiones políticas y culturales del movimiento zapatista que han dado paso a una forma de organización política alternativa mediante la conformación de un sujeto político colectivo de carácter transformador que, a su vez, ha tenido diferentes expresiones y resonancias culturales transnacionales.

En este artículo enfocamos la mirada teórica hacia la constatación de ciertos elementos culturales considerados hasta ahora en la

trayectoria del movimiento zapatista, analizando tanto su vertiente interna —expresada en la organización cotidiana y en la cultura política de las comunidades indígenas bases de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, México— como externa —que abarca las alianzas de estas comunidades con personas y colectivos solidarios fuera del territorio rebelde—. Veremos que el zapatismo ejemplifica el cuestionamiento y la ruptura con códigos dominantes, la resignificación y el cambio de valores, símbolos, ideas y prácticas, así como la construcción de instituciones democráticas que aseguran las transformaciones referidas y los proyectos alternativos emprendidos en sus dos vertientes. El respaldo de estas aseveraciones está en el trabajo de campo realizado por los investigadores a lo largo de varios años tanto en las comunidades indígenas zapatistas como con colectivos solidarios en México y Europa. Las charlas informales, la convivencia, las entrevistas y la participación en distintos eventos solidarios cobijan este trabajo de corte cualitativo nutrido de un estudio etnográfico extenso en la comunidad de La Realidad y en investigaciones en las ciudades de México y varias del Estado español y Alemania. Nos mueve el objetivo de renovar un debate sobre las lecciones políticas del movimiento zapatista en sus aspectos políticos y culturales, así como en sus dimensiones locales y transnacionales.

La dimensión cultural en el estudio de los movimientos sociales: notas introductorias

Existe un consenso en la literatura teórica acerca de los movimientos sociales que señala que las formas de acción colectiva contenciosa o conflictual son expresiones convencionales de la política. Como señalan Della Porta y Diani (2006), dada la naturaleza multidimensional de los movimientos sociales, estos fenómenos colectivos convocan a un sinnúmero de preguntas que pueden agruparse en interrogantes concernientes a: las relaciones entre cambios estructurales de la sociedad y transformaciones del conflicto social; el rol de las representaciones culturales en dicho conflicto; el proceso que

mediante valores, intereses e ideas desemboca en acciones colectivas; y la manera en que contextos sociales, políticos y culturales afectan las posibilidades de los movimientos en cuanto a sus logros y las formas que pueden tomar. Si bien este campo de estudios invita a ocuparse de todas estas interrogantes y de sus dimensiones asociadas (como aquellas del trabajo simbólico, identitario, organizacional, de repertorios y ciclos, de alianzas y disputas o del aprovechamiento de oportunidades), en este trabajo nos limitaremos sólo a los aspectos enunciados en la introducción, de los cuales nos ocupamos a continuación.

Della Porta y Diani (2006), tras una revisión exhaustiva de estudios clásicos en el tema, señalan que los actores sociales contenciosos elaboran lecturas críticas de los contextos en los que se movilizan y organizan, conformados, en parte, por conflictos simbólicos y culturales en los que toman parte. Los valores y las motivaciones para actuar y la atribución de significados en dichos contextos son elementos priorizados por distintas posturas teóricas, intervienen en la manipulación creativa de nuevos símbolos que estos actores realizan, así como en la reafirmación de memorias e historias culturales representadas por ellos, de acuerdo con los autores.

Después de las transformaciones impulsadas tanto por las protestas político-culturales de la izquierda en distintas partes del mundo como por el propio sistema capitalista a raíz de los eventos de 1968, la dimensión cultural de la acción colectiva contestataria, conformada por la intervención política en los significados y símbolos dominantes, cobró un nuevo valor en el papel de los movimientos sociales. De acuerdo con Alberto Melucci (1999), uno de los autores referentes en el campo,¹ los movimientos sociales comenzaron con énfasis a cuestionar los códigos dominantes que estructuran la sociedad. Además de poner en entredicho las lecturas prevalecientes sobre la realidad, estos actores colectivos ofrecen nuevas interpretaciones y formas de

¹ En este texto no consideraremos la obra de Snow y Benford (1992) sobre el análisis de los marcos, clave también en el campo de estudios, por considerar que no se aviene ni a los propósitos de la investigación ni a la perspectiva metodológica mencionada más adelante.

definir el significado de la vida individual y colectiva. Por medio de la exposición de la violencia e irracionalidad de dichos códigos, los movimientos se preguntan acerca de las direcciones alternativas a tomar como sociedad.

Centrarse en la dimensión cultural de los movimientos implica también considerar aspectos organizacionales relacionados con ella de manera ineludible. Para James Jasper (2014) la gente protesta y, al manifestarse, pone en juego aspectos culturales y de organización política que conforman los esfuerzos sostenibles, intencionales y colectivos que persiguen cambios, cuya búsqueda toma normalmente cauce por fuera de los canales institucionales exigidos y permitidos por las autoridades. Al hacerlo, la acción de esta gente movilizada y organizada, frágil y contingentemente, enfrenta distintos dilemas, referentes a una dicotomía clásica en el campo estructurada por la relación entre la vertiente interna de los movimientos (aquella de la sociabilidad de la vida cotidiana) y la externa (propia de la manifestación pública, de las alianzas y confrontaciones con los adversarios). Según Jasper (2014), los dilemas que enfrenta esta gente refieren a los debates y decisiones que en los movimientos ocurren, siendo el foco la discusión sobre la canalización de los esfuerzos en la parte de la motivación o la solidaridad (vertiente interna) o en aquella de las estrategias de confrontación pública o de alianzas (vertiente externa). Otro de los dilemas supone debates acerca de las reglas de comportamiento en los movimientos, mientras que otro más somete a tratamiento el tema de la jerarquización y descentralización de la organización colectiva.

En un plano general, el cambio social que empujan los movimientos sociales resulta ser la suma del cambio cultural y del cambio político, adición que crea nuevas formas de institucionalidad política que materializa los valores reclamados por los actores colectivos (Castells, 2010); el producto de este esfuerzo es la práctica de nuevas relaciones sociales. Las instituciones y los valores que los movimientos erigen tras la puesta en cuestión y ruptura de los códigos de estructuración social dominantes, regulan la vida de comunidades que tratan de asegurar su bienestar y participación en la planeación, toma y evaluación de las decisiones colectivas.

La vertiente interna del movimiento zapatista: cultura política democrática, sujeto político transformador y construcción de autonomía²

En sus 25 años de vida pública, el movimiento zapatista ha contribuido a la transformación social en México en la medida en que ha propiciado un cambio democrático en el régimen político mediante la crítica al sistema de partido hegemónico y el impulso al llamado proceso de transición democrática. En sus comunidades base, el cambio se ha visto en la construcción de una nueva institucionalidad política basada en la teoría y práctica del “mandar obedeciendo”. Con la irrupción del EZLN, en 1994 –producto tanto de factores internos como externos a las comunidades–, su conversión en movimiento social mediante amplias alianzas nacionales e internacionales y con el inicio de la construcción de su proyecto de autonomía –que en lo político desembocó la creación de los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) y las Juntas de Buen Gobierno (JBG)–, se inició la construcción de una cultura política que se caracteriza por seguir principios democráticos. Aquí, sostendremos que la cultura política implica la resignificación de ideas, principios y el cambio de valores, símbolos y prácticas de las que nos ocuparemos en adelante.

La tendencia a la conformación de una cultura política participativa –basada en el principio normativo del “mandar obedeciendo”– ha permitido que las nuevas formas de organización y las estructuras políticas –MAREZ y JBG– sean rápidamente aceptadas y adoptadas por la mayoría de los miembros de las comunidades indígenas zapatistas; esto se refuerza con la participación de los indígenas en diversas iniciativas y estrategias de movilización que han impulsado y profundizado conocimientos y relaciones democráticas de diálogo permanente con sus aliados y aliadas de la sociedad civil (Ramírez, 2010 y 2019). Podemos considerar que las autoridades de los MAREZ y las JBG han

² Este apartado se basa en el trabajo de campo realizado por los autores y puede observarse con mayor detalle en Aranda (2014) y Ramírez Zaragoza (2019).

tratado de construir y fomentar –por medio de escuelas autónomas, campañas de difusión y otros medios– una cultura política que promueve la participación y corresponde con su estructura, organización y objetivos. La finalidad de estas acciones consiste en consolidar una cultura participativa que permita una mayor permanencia y legitimidad de dichas instituciones y genere una cierta estabilidad política y grados de satisfacción en los habitantes de las comunidades. La construcción de autonomía en esta vertiente interna del movimiento, así como la conformación y consolidación de una cultura política participativa, tiene como fin último modificar las condiciones sociales de la comunidad en aras de alcanzar un bienestar social, económico y cultural, como resultado del ejercicio de su libre determinación (Baronet, Mora y Stahler-Sholk, 2011; Romero, 2016; Ramírez, 2010 y 2019).

La praxis política del movimiento se caracteriza por fundamentarse en una concepción particular de la democracia que rompe con la idea dominante de una política autoritaria actualmente en crisis, de una democracia que se reduce sólo a la toma de decisiones y no toma en cuenta la mejora en las condiciones de vida de las poblaciones a las que se dice representar (Santos y Mendes, 2017). Lo que los zapatistas llaman “otra forma de hacer política” y “otra forma de practicar la democracia”, tiene su sustento en el principio rector del “mandar obedeciendo”, en la supeditación de la actividad política a la ética, en la participación de todos o la mayoría en la toma de decisiones y en la idea de que en última instancia esas nuevas formas de hacer política, de gobernar y ejercer la democracia se traduzcan, tras la ruptura de códigos y prácticas dominantes, en mejores niveles de vida para las comunidades. Todo esto ha propiciado que el zapatismo construya un sujeto político transformador (revolucionario) que contribuye al cambio social mediante la creación de un poder popular, desde abajo, que persigue la transformación de las relaciones de dominación y que se fundamenta en principios y valores democráticos como la solidaridad, el diálogo, la tolerancia, la rotatividad, la revocación del mandato, la transparencia y la rendición de cuentas (Aguirre, 2019; Ramírez, 2017).

En este sentido, la cultura política democrática aplicada al caso zapatista es el conjunto de orientaciones, pautas, valores, actitudes y comportamientos políticos de los miembros de las comunidades hacia objetos políticos, como las instituciones y autoridades autónomas y sociales, como el trabajo colectivo y la cooperación cuyo fin es delinear las formas de conducta y participación política, para incidir en la toma de decisiones colectivas e influir y participar directamente en las acciones de gobierno bajo los principios del “mandar obedeciendo”. Las características generales que está tomando la participación política de los zapatistas nos dejan observar la conformación de un tipo de cultura política democrática sustentada precisamente en la participación en los asuntos políticos y sociales de la comunidad y en nuevas prácticas sociales basadas en la solidaridad, el respeto, el diálogo y la tolerancia, valores opuestos a la indiferencia, el autoritarismo y la corrupción, contrarios a los principios básicos del quehacer político democrático. Autonomía y democracia son dos conceptos que en la práctica son totalmente compatibles y complementarios. De acuerdo con Díaz y Sánchez, podemos afirmar que:

La autonomía es una de las virtudes de la democracia. La democracia puede garantizar la descentralización política y la creación de espacios de poder colectivo para la afirmación de los autogobiernos; por su parte, la autonomía favorece una participación democrática más directa y activa en la toma de decisiones, y un mayor control de los macropoderes y del propio poder local (2002:43-44).

Como proyecto político y social, la autonomía implica el ejercicio del autogobierno y requiere, por tanto, una cultura alternativa que esté acorde con esa capacidad del pueblo para gobernar su propia vida colectiva. Instituciones sociales como la escuela o la familia son fundamentales para la interiorización de valores, ideas y prácticas. En la medida en que la escuela y la familia en las comunidades indígenas están involucradas en el proyecto político autónomo zapatista, el proceso de interiorización de las prácticas políticas se fortalece al permitir que el cambio social tenga que ver no sólo con el

ámbito privado sino, sobre todo, con la vida pública, léase política. De ahí que, como veremos, la educación autónoma zapatista puede ser considerada como uno de los elementos clave de la autonomía de la vertiente interna del movimiento, lo mismo que la asamblea como espacio de deliberación y decisión políticas (Ramírez, 2011; Romero, 2016).

El proyecto autonómico del zapatismo se basa en la democracia participativa, por lo que la asamblea es la institución base de la estructura política y la toma de decisiones. Las comunidades indígenas constituyen la forma básica de organización política y social del movimiento, de ahí que su estructuración, composición, división del trabajo y organización resulten fundamentales para la construcción y el ejercicio de la autonomía de los pueblos zapatistas y para entender los impactos que ello tiene en la conformación de su cultura política. La Asamblea Comunal es la instancia central que crea y recrea todos los aspectos que afectan, benefician o involucran de manera general a los elementos de la comunidad, con la finalidad de mantener la cohesión social y garantizar el espacio (territorio) y las relaciones sociales que regulan la vida de los miembros de la comunidad. En este sentido, la asamblea es una instancia formal y real de participación política y social, mediante la cual la comunidad dialoga, decide, actúa, analiza, piensa y resuelve sus problemas. Es un espacio donde comparten también los avances y los retos de vivir en comunidad y donde socializan experiencias adquiridas en sus comunidades y en el contacto con miembros de la sociedad civil externa. La religión y otras prácticas sociales, junto con la concepción y relación de los indígenas con la naturaleza, también forman parte importante de la cultura política y del sostenimiento de la autonomía (Ramírez, 2019).

La elección de autoridades por asamblea, apegada a valores como la honradez y a criterios normativos como la posibilidad de que todos puedan formar parte de las instituciones autónomas, ha propiciado el involucramiento de la mayoría de las personas de las comunidades zapatistas en la toma de decisiones colectivas. La revocación del mandato y la rendición de cuentas se han convertido en la base del mandar obedeciendo. La idea zapatista de la partici-

pación va más allá del código dominante de levantar la mano en una asamblea o ejercer un cargo público; conlleva la responsabilidad por parte del que elige de estar siempre pendiente de que su representante haga lo que le fue encomendado por la asamblea, siempre con apego a los principios del “mandar obedeciendo”; y del que es elegida o elegida, de informar cotidianamente a sus representados acerca de sus actividades, desempeñándose en todo momento con compromiso y responsabilidad. Tanto la revocación de mandato como la rendición de cuentas vienen a ser dos mecanismos de democracia participativa que los indígenas han implementado para fortalecer su autonomía y la participación cotidiana de la comunidad. La cultura política democrática que ha sustentado la práctica política del zapatismo y su proyecto autonómico tiene que ver también, en complemento a estos mecanismos, con otros elementos, como, por ejemplo, la importancia de la comunicación para los trabajos de las ideas y prácticas autonómicas.

Como señalamos recién, la institución de la educación autónoma es imprescindible en todo este ejercicio de gobierno; por medio de ella se difunden nuevos valores, se construye y propaga una nueva versión de la historia del movimiento acorde con su realidad y conciencia colectiva, se interiorizan nuevas prácticas y relaciones sociales más solidarias, se forman nuevos cuadros políticos y promotores de educación, se fortalecen los principios democráticos de la equidad, entre otras cuestiones importantes para el fortalecimiento de la comunalidad como forma de vida de los pueblos indígenas zapatistas (Baronet, Mora y Stahler-Sholk, 2011; Romero, 2016; Ramírez, 2011 y 2019).

Junto con la educación se encuentran otras instancias clave para el funcionamiento y fortalecimiento de la autonomía zapatista; las distintas comisiones organizativas forman parte de dichas instancias. La existencia de Comisiones de justicia, por ejemplo, propician una nueva cultura de la legalidad ajena al código imperante de la justicia punitiva occidental. Esto es fundamental para establecer institucionalidades políticas y jurídicas nuevas, que sientan las bases de normatividades alternativas basadas en usos y costumbres, y en sus propias necesidades. Las reglas para la regulación de las relaciones

sociales son uno de los elementos inherentes y constitutivos de toda comunidad; su conocimiento y su respeto por todos sus miembros es la primera condición para el mantenimiento de la cohesión social. Esta idea es conocida comúnmente como el principio de la legalidad en la medida en que todas las acciones poseen una regulación, y el respeto de las reglas por todos facilita la convivencia, la adquisición de valores, así como la legitimidad de las instituciones. El nivel de conocimiento de estas normas es también un indicador del nivel de cultura política que se posee.

En otro ámbito autonómico están las Comisiones de vigilancia. Si bien éstas existen dentro de la organización formal de la autonomía, sus funciones no las desempeñan los miembros de las JBG ni los de los consejos autónomos, sino los habitantes de las distintas comunidades quienes se van rotando en los cargos. Las autoridades autónomas sólo coordinan sus funciones, es decir, que se cumplan los turnos, los roles y las actividades estipuladas. La Comisión de vigilancia interroga a los visitantes de otras comunidades y de la sociedad civil nacional e internacional, así como a visitantes extraños a los pueblos. A las personas de la comisión les corresponde también cuidar el orden en las comunidades, vigilar que se obedezcan las reglas de uso de los espacios comunes, como las canchas deportivas o los dormitorios (en el caso de los visitantes que vayan a permanecer un tiempo prolongado).

En la autonomía zapatista existe también el derecho de audiencia. La participación política de los zapatistas va más allá de la asistencia a las asambleas y del desempeño de algún cargo; incluye la vigilancia constante de las autoridades y la exigencia de la rendición de cuentas. Cuando los miembros de la comunidad cumplen sus obligaciones, reafirman tanto su sentido de pertenencia a la comunidad como el apoyo a su proyecto político, haciéndose acreedores también a una serie de derechos que pueden hacer valer en las distintas instancias de autoridad autónomas.

Para el cuidado de la naturaleza y el sostenimiento de la autonomía en términos productivos y financieros, existe una Comisión de asuntos agrarios (agroecología) que tiene relación con las disposicio-

nes planteadas en la Ley Agraria Revolucionaria –que se publicó en *El Despertador Mexicano* en diciembre de 1993 y se menciona en la Primera Declaración de la Selva Lacandona el 1º de enero de 1994 (Núñez *et al.*, 2013:38-40)–, entre las cuales destacan las cuestiones de recuperación de tierras y latifundios con el objetivo de ser repartidas en propiedad colectiva entre los indígenas que no poseen tierras. Otras disposiciones aluden a los asuntos más inmediatos de las comunidades, entre los que destacan los conflictos de propiedad, de límite de tierras o de resguardo de áreas naturales. Las principales funciones de la comisión consisten en vigilar el cumplimiento de la Ley Agraria, solucionar y mediar en los conflictos por la posesión de la tierra y sus límites, velar por el cuidado de la naturaleza (la madre tierra), expedir permisos para el uso de recursos naturales, promover la posesión y el trabajo colectivo de la tierra, preservar los bosques, prohibir cualquier cultivo ilegal de drogas o estupefacientes y evitar la tala. La comisión se encarga de vigilar y propiciar la siembra y la cosecha de café y maíz, principalmente, para lograr que todas las familias que trabajan en forma colectiva la tierra se beneficien y que el excedente se utilice en provecho de las comunidades.

Existe también una Comisión de tránsito y transporte que permite la movilidad de personas y mercancías a bajo costo. Las principales funciones de esta instancia consisten en otorgar permisos a los transportistas tanto de personas como de mercancías, que circulan por la zona zapatista (sean estos zapatistas o no); arreglar las carreteras y caminos; vigilar y controlar el paso de vehículos por las comunidades zapatistas; revisar los turnos y horarios del transporte público; coordinar las cooperativas de transportistas zapatistas, y cobrar la cuota mínima de recuperación por la extensión de calcomanías para poder trabajar en una cooperativa de transporte.

La sustentabilidad del proyecto autonómico no sólo depende de un adecuado proceso de toma de decisiones basado en principios y procedimientos democráticos, sino en mayor medida de la satisfacción de las necesidades más apremiantes de las comunidades y de la generación de recursos que permitan la permanencia de su nueva forma de organización política, económica y social que garantice

la solución de los problemas de los indígenas, mientras posibilite una mejor distribución de los bienes. Recordemos que uno de los principales objetivos del proyecto político zapatista y de su concepción de la democracia consiste en que debe generar un mayor y mejor nivel de bienestar para la población (democracia sustantiva). Para ello, el comercio justo debe ser la base de un intercambio más equitativo. La existencia de cooperativas de producción de café, de cooperativas de costura y de tiendas, es un factor muy importante para que los miembros de los pueblos practiquen el trabajo en equipo, la cooperación y generen recursos para el sostenimiento, tanto de sus familias como de la autonomía. En el caso, por ejemplo, de las tiendas cooperativas, es importante señalar que son atendidas por tres o cuatro familias, generalmente con un grado muy cercano de parentesco, que se turnan las actividades de despachar a quienes compran, acomodar la mercancía, surtirla, transportarla y llevar las cuentas para generar un reparto equitativo de las ganancias que se destinan tanto a las familias para su mantenimiento como al apoyo de aquellos miembros que desempeñan un cargo y necesitan dinero para transportarse.

Las mujeres de las comunidades zapatistas tienen cada vez más un papel fundamental en las distintas actividades de la vida política, económica, social y cultural en contra de la cultura patriarcal. Las mujeres han alcanzado importantes logros como un mayor respeto en su familia y la reducción de la violencia ejercida contra ellas por los hombres (Martínez, 2016). Han accedido casi en su totalidad a la escuela, se han desempeñado como promotoras de salud y educación y, hoy en día, son parte imprescindible de todos los niveles de autoridad autónoma. El proyecto autonómico y sus distintas instancias democráticas de participación se están fortaleciendo en la actualidad por el involucramiento activo de los jóvenes de entre 14 y 20 años, a quienes podemos denominar como la nueva generación zapatista. En las comunidades indígenas zapatistas, la existencia de jóvenes es mayoritaria, y en ellos está cayendo la responsabilidad de asumir los cargos de la autonomía, como en su momento les tocó a otros jóvenes engrosar las filas del EZLN.

Un rasgo esencial que no debemos dejar pasar de la participación política de los indígenas zapatistas es su constante interés por los asuntos políticos de su comunidad, por la solución de sus problemas y por lo que está sucediendo en México y el mundo. La mayoría suele saber qué se está haciendo en los MAREZ o las JBG, si hay reunión de promotores de educación, si están tomando un curso para la elaboración de productos de limpieza, si hay reunión de coordinación de municipios autónomos, entre otras actividades. Dicho interés se traduce en la participación de los indígenas zapatistas en asambleas, reuniones de trabajo, reuniones con organizaciones, grupos o individuos de la sociedad civil, preparación de encuentros y participación en distintas actividades como talleres, círculos de estudio, conferencias, marchas, mítines y otras movilizaciones convocadas para exigir el cese a la represión o para solidarizarse con algún otro grupo o movimiento social. Otro elemento que contribuye a la cultura política democrática y a la autonomía es la cultura de la solidaridad; en términos generales, podemos entender la solidaridad característica de la forma de organización comunitaria, como la capacidad de sus miembros de preocuparse por los problemas de los demás y contribuir a su solución aun y cuando no los afecte directamente.

Estas prácticas se encuentran en la cultura del respeto y la tolerancia, así como la cultura de la responsabilidad y el combate de la corrupción. Los indígenas practican estos valores mediante la convicción del trabajo cooperativo y no del ánimo de lucro ni de la utilización de cargos de representación para fines personales que atenten contra el bienestar de la comunidad. Asimismo, destaca la cultura del trabajo colectivo o en equipo que se da no sólo en la siembra colectiva de la tierra y en el trabajo en las cooperativas de producción, distribución y venta, sino en el trabajo en beneficio de toda la comunidad a través de faenas o del tequio. De igual manera, la experiencia obtenida por los indígenas zapatistas por medio de su participación, ya sea en la asistencia o en la organización, en los distintos encuentros con la sociedad civil ha sido fundamental para generar actitudes favorables a la participación política y para reforzar sus principios democráticos basados en el mandar obedeciendo.

La construcción del proyecto autonómico no ha estado, por supuesto, exenta de problemas y conflictos que no sólo lo cuestionan, sino que pueden poner en duda su viabilidad y con ello la posibilidad de ser el sustento del proyecto político zapatista basado en la participación política democrática y en los principios y valores hasta ahora referidos. Se puede pensar que las diferencias culturales entre los propios indígenas zapatistas pueden ser un obstáculo para la consolidación de los proyectos autonómicos, en la medida que la autonomía requiere de la acción conjunta y coordinada de diferentes grupos étnicos en un mismo espacio territorial y administrativo. Sin embargo, en el proyecto zapatista se tiene una percepción diferente acerca de estas diferencias culturales y étnicas. Ellos parten de la idea de que su proyecto no sólo debe respetar esas diferencias, sino nutrirse de ellas. El respeto a la diversidad cultural que exigen tanto al Estado como al resto de la sociedad tratan de reproducirlo en las distintas formas de organización social y política en sus distintos niveles. Así, la construcción de comunidades, MAREZ y JBG autónomos, no sólo toma en cuenta las distintas formas de expresión de la diversidad, sino que trata de sintetizarlas en un proyecto político más amplio. La existencia de comunidades tojolabales, tzeltales y tzotziles, en un mismo municipio autónomo, por ejemplo, no debe ser, a decir de los zapatistas, un obstáculo para el fortalecimiento de su organización política, sino por el contrario la posibilidad de seguir dialogando, compartiendo experiencias y resolviendo los conflictos propios de la vida en sociedad de una forma democrática, incluyendo el trato con los grupos disidentes que han decidido separarse de la organización autónoma zapatista.

No obstante, la consolidación del proyecto autonómico sustentado en la participación constante, diaria y activa de los indígenas, puede ser obstaculizada o, incluso, revertida por algunos factores, tanto de carácter interno como externo. A continuación se mencionan brevemente algunos de ellos que consideramos significativos, derivados de nuestro acercamiento al fenómeno y de la observación participante en trabajo de campo (por cuestiones de espacio sólo se mencionan, pero se remite al lector a otros trabajos donde hemos podido abundar en

el tema y que se encuentran en las referencias). Como obstáculos internos, encontramos la falta de experiencia y de cierta capacitación técnica especializada de algunos miembros de las comunidades que desempeñan algún cargo, el divisionismo de las comunidades y la deserción, así como la intromisión del EZLN en los asuntos de carácter civil, como lo ha señalado antes Estrada (2007) y Ramírez (2019). Otros problemas son la irregularidad o intermitencia en el funcionamiento de algunas instituciones como las escuelas autónomas en algunas comunidades, la migración de jóvenes en busca de trabajo, la insuficiente provisión de servicios públicos o su acceso restringido. En cuanto a los externos, cuentan la represión y el hostigamiento a las comunidades por el Ejército mexicano y grupos paramilitares, la división comunitaria provocada por los partidos políticos y las acciones de los distintos niveles de gobierno a través de políticas públicas, sobre todo de carácter social.

A pesar de todo esto:

El proyecto autonómico zapatista, hasta ahora, representa un proceso de institucionalización que ha logrado estabilizarse con éxito, permitiendo la continuidad de este actor colectivo en su diversidad y amplitud [...] a través de mecanismos de trabajo político que posibilitan la creación de nuevas identidades y subjetividades políticas que lo mantienen en pie (Aranda, 2017a:23-24).

Los siete principios que sustentan la teoría y la práctica política zapatista del “mandar obedeciendo” son, pues, la base de su proyecto; estos principios son: 1) obedecer y no mandar; 2) representar y no suplantar; 3) construir y no destruir; 4) servir y no servirse; 5) bajar y no subir; 6) convencer y no vencer, y 7) proponer y no imponer. En este proceso de institucionalización del proyecto democrático zapatista destaca el papel solidario de la sociedad civil nacional y extranjera. El impacto que el zapatismo produjo a nivel mundial permitió la organización de diversos colectivos de apoyo en diversas partes del mundo que acudieron al llamado de poder crear un “mundo donde quepan muchos mundos”. Esa solidaridad

internacional dio paso a un conjunto de expresiones y resonancias políticas y culturales de carácter transnacional de las cuales daremos cuenta a continuación.

La vertiente externa del movimiento zapatista: expresiones y resonancias culturales transnacionales

En investigaciones previas se menciona que el zapatismo ha construido un proyecto político amplio, cuya institucionalización, a la fecha, permite que los valores, los ideales y las prácticas que este actor colectivo ha impulsado como producto de su organización e intervención política cultural, tengan lugar en distintas latitudes del mundo (Aranda, 2014, 2017a; Ramírez, 2019). Los ideales y prácticas políticas provenientes de la historia y la memoria de distintas tradiciones de izquierda en el planeta, así como de las aportaciones de los pueblos indígenas, han dado forma tanto a los MAREZ y a las JBG, como a las formas organizativas de colectivos solidarios socialistas, anarquistas, libertarios, cristianos de base, antimilitaristas, sindicalistas y de la izquierda partidaria que se han involucrado en distintos momentos en el movimiento.

Las instituciones del zapatismo, levantadas no sin disputas por la dominación en la historia de este actor colectivo, han mostrado estar abiertas a las modificaciones de las personas y colectivos que participan de ellas. En la faceta externa del movimiento, conformada por las alianzas mantenidas por el EZLN y las comunidades bases de apoyo con actores externos a ellas, los cuestionamientos y las rupturas con ordenamientos dominantes en cada contexto de movilización y organización, han permitido conectar luchas en distintas geografías. Los actores zapatistas rompen al denunciar las injusticias y las formas de opresión mientras buscan, al mismo tiempo, conectar con otras demandas e identidades en lucha (García Agustín, 2017). Romper en los distintos contextos contenciosos ha permitido establecer estructuras materiales, construir nuevas historias o narraciones y desatar prácticas políticas legitimadas por las comunidades que las hacen

posibles (García Agustín, 2013; Ramírez, 2017). Cabe decir que este proceso trasciende los marcos estatales para situarse en la confrontación con un enemigo sistémico que posee un rostro difuso y múltiple, de muchas cabezas según la caracterización del movimiento, que despoja, desprecia, reprime y oprime no sólo a los pueblos indígenas en todo el mundo, sino a las comunidades aliadas, mediante directrices y acciones que provienen de instancias de dominación nacional y transnacional.

De manera particular, en la faceta externa, el esfuerzo del zapatismo por crear, como movimiento antisistémico, una red laxa de alianzas negada a homogeneizar y hegemonizar las luchas (Pérez Ruiz, 2005; Rovira, 2009; Aguirre Rojas, 2014, 2019), ha producido la formación de compromisos recíprocos entre actores aliados que van encontrando maneras tanto de concebir como de practicar la democracia radical en sus propios territorios o espacios de contienda (Cunninghame y Ballesteros, 1998; Martínez Torres, 2001; Olesen, 2005), pese a las relaciones asimétricas dominantes presentes todavía en esta faceta transnacional (Pleyers, 2010; Andrews, 2011; Aranda, 2014).

En Europa, por ejemplo, desde las primeras acciones solidarias con el levantamiento armado indígena, a mediados de la década de 1990, encontrarse y establecer un piso común para las distintas luchas provenientes de diferentes geografías implicó el volver a reunirse y trabajar desde posiciones adversas. Estas convergencias detonaron esfuerzos locales, regionales y continentales manifiestos en la vinculación con las comunidades de cada territorio, en el aprendizaje mutuo, en la solidaridad económica y política, en el emprendimiento de proyectos sociales y de protesta, así como en la transformación y fortalecimiento de singularidades políticas, todo bajo la idea de que, apropiándose del proyecto desde la propia posición local e historia particular, se hiciera zapatismo en casa contra un enemigo común: el sistema capitalista (Aranda, 2017b). La formación y capacitación política, el desarrollo de habilidades organizativas, el fomento de la creatividad, el tejido de sentimientos de comunidad, la amistad y la horizontalidad, contribuyeron a formar la concepción acerca

de la puesta en marcha de valores expresos en “la digna rabia” o de prácticas políticas como el “mandar obedeciendo” (Aranda, 2017b; Aguirre, 2019).

La fuerza de las ideas zapatistas y la resonancia del proyecto brindaron un fuerte anclaje local a luchas que se han resignificado y diversificado según encaran sus propias agendas de lucha mediante el involucramiento en nuevos conflictos y alianzas que permiten su perpetuación o sobrevivencia. La flexibilidad con la que se ha adoptado el proyecto en el propio contexto ha supuesto también la contribución a dinámicas que dieron lugar a la emergencia de grandes protestas y acciones colectivas de mayor alcance y organización, como lo ejemplifica la herencia zapatista en el caso de los movimientos de ocupación de plazas en el Estado español o del *Blockupy* en Frankfurt (Aranda, 2014). Por supuesto, se debe también señalar que la construcción de esta red transcontinental de alianzas ha presentado sus problemas y distanciamientos, como lo muestran las críticas a las formas poco democráticas con las que en ocasiones actúa el EZLN, ejemplificadas en la preferencia de éste por ciertas acciones o iniciativas que le han llevado a serios cuestionamientos, tales como la crítica realizada por vascos y catalanes a Marcos, dadas sus declaraciones no consultadas sobre la lucha histórica del pueblo vasco entre 2002 y 2003 (Aranda, 2014). Asimismo, la capacidad del EZLN de establecer y retirar relaciones preferenciales con sus aliados fue objeto también de crítica, al cortar relaciones en Barcelona a finales de la década de 2000, por ejemplo, lo que dio lugar a cuestionamientos acerca de este proceder entre colectivos solidarios (Aranda, 2014).

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la dimensión cultural de los movimientos, expresa en formas de intervención política en los códigos dominantes que estructuran lo social? ¿Qué muestras se pueden ofrecer para ilustrar las alternativas que desde estos movimientos se levantan a pesar de sus desaciertos? Hemos anotado que las dimensiones de la organización política y la cultura están imbricadas en la historia y trayectoria de los movimientos sociales. Para realizar lecturas críticas de la realidad, proponer nuevas interpretaciones, así como construir formas alternativas de dar sentido a la vida indivi-

dual y colectiva, tal y como vimos en el caso de la cultura política, la movilización de valores y el trabajo sobre las motivaciones para la acción conjunta deben basarse en esfuerzos organizativos que le otorguen continuidad. Esto ha sucedido a lo largo de décadas, tanto en la vertiente interna como externa del zapatismo. En el caso las organizaciones y colectivos que en la Ciudad de México, por ejemplo, forman parte de este movimiento amplio, el trabajo organizativo ha dado como resultado intervenciones políticas que de manera constante han ofertado tanto críticas como alternativas societales expresas en actos político-culturales en distintas plazas públicas de la ciudad, en colectas económicas, en el emprendimiento de jornadas nacionales e internacionales de apoyo, en la planeación de brigadas de solidaridad y en caravanas de acompañamiento a comunidades aliadas al movimiento. La fuerza de los símbolos movilizados, tanto en el discurso como en los actos performativos del EZLN y las bases de apoyo —que manifiestan una potencia poética y de propuesta organizativa horizontal y contextual en cada espacio de lucha—, imprimieron a la izquierda capitalina un reforzamiento del trabajo local notable. Señala un antiguo activista del movimiento:

Para mí, lo valioso es que ya desde la Primera Declaración de La Selva Lacandona el llamado era a localizarte en tu propio espacio, reivindicar la necesidad de que ante un sistema había que movilizarse de distintas formas. Había una universalización de su política en el llamado. Había que presionar todos en un solo sentido; como dice la vieja consigna: “Marchar separados, golpear juntos” (entrevista, octubre de 2012).

Como señalamos en el comienzo, el llamado zapatista resignificó memorias e historias, hizo repensar el contenido de la lucha a gente que tenía un camino bastante largo en temas tan variados como el arte, la cultura popular, la lucha por la vivienda, la militancia clandestina, la educación, el trabajo con víctimas sobrevivientes a la tortura, los derechos humanos, así como aquellos nacidos alrededor del propio movimiento. En muchas ocasiones, las intervenciones políticas no podían pensarse sin la movilización de símbolos con un

alcance internacional (la democracia, los derechos de los pueblos, la reivindicación de minorías políticas y culturales) que tenían un correlato en la denuncia constante del despojo, la represión, el desprecio y la explotación atribuidos por los actores al capitalismo. El despliegue de repertorios tradicionales como las marchas, los mítines o plantones, se conjugaba con la escena cultural manifiesta en la organización de conciertos, tocadas o pintas de grafitis y estenciles. Toda esta labor ha suscitado una larga reflexión, expresa en la voz de una activista: “En los espacios de trabajo siempre tratamos de saber la importancia de un concierto, de una jornada de pintas. Hay que ver cómo hacer y qué buscamos impactar para que el trabajo sea más efectivo y lleguemos a más” (comunicación personal, abril de 2018).

Como ya se señaló (Aranda, 2014), las acciones de estos colectivos se arman muchas veces a partir de la indignación que los integrantes manifiestan tras recibir noticias de agravio a los aliados, las cuales se trabajan para armar una situación moral problemática que se presenta en las reuniones y plenos como una cuestión a resolver o abordar. En estos espacios se definen entonces las acciones solidarias y de acompañamiento en marcos tanto morales como estratégicos de sentido, que son el resultado del trabajo colaborativo. Y esto mismo sucede, de manera general, en la vertiente externa transnacional del movimiento. Una vez que se trabaja políticamente el agravio y se arman las estrategias de acción, los colectivos y las personas solidarias participan de áreas de igualdad política en donde los puntos de vista y las posturas se encuentran. El trabajo con aliados, el surgimiento de amistades, la construcción de compromisos políticos, que en diversos grados dependen también de las tendencias jerárquicas o centralizadas presentes en los colectivos o redes de alianzas (Aranda, 2017b), se despliegan sobre la base de memorias de lucha, críticas contextuales e históricas y nuevas interpretaciones, que permiten atisbar alternativas al orden diferenciado con el que se rompe en cada sitio de acción.

En el Estado español, por ejemplo, las intervenciones políticas despegaron gracias al atractivo inicial del levantamiento armado, expresado en la inspiración de un actor indígena organizado que renunció pronto a la toma del poder del Estado. El nuevo internacionalismo

zapatista tiene lugar una vez que se cae en cuenta que la escala de la lucha debe ser transnacional, en la medida en que el capitalismo cubre esa dimensión tras la caída del bloque soviético; menciona un activista madrileño:

Yo creo que el tema del neoliberalismo, el tema de la antiglobalización, el tema de la red de luchas; yo creo que ahora se ven como algo muy normal, de que apoyes una lucha en Turquía o Brasil, pero hace 10 o 15 años eso era muy específico de poquita gente. La gente no veía tan importante que tu lucha aquí era la lucha de allí o la lucha de otro lado; eso fue gracias al zapatismo (entrevista, junio de 2013).

El envío de campamentistas, la participación en actividades en el territorio rebelde chiapaneco para apoyar la vertiente interna del movimiento, la organización de eventos culturales para recaudar recursos, los actos de protesta frente a las denuncias de agresión a las bases de apoyo zapatistas, la aparición mediática, la organización de giras europeas, las recogidas de firmas y las concentraciones en plazas, edificios públicos y entidades privadas, la venta y distribución de materiales en mercadillos y ferias, las protestas contra funcionarios públicos mexicanos, siempre tuvieron como focos la denuncia y la difusión del proyecto zapatista. En el siguiente pasaje se observa la importancia de los eventos:

Muchas veces les decía a los compas: “Ten en cuenta que con la fiesta del partido [Partido Comunista] nos mantenemos todo el año, aparte la difusión política”. Es que la fiesta del PC no era sólo para el PC, te va gente muy diversa, iba toda la gente de izquierdas, toda te la encontrabas ahí (activista madrileño, comunicación personal, enero de 2013).

Pese a que muchas veces la participación en estas acciones tendía a la romantización del movimiento, o a que la falta de reciprocidad desde la selva chiapaneca alentara la desarticulación de las alianzas (Aranda, 2014), las intervenciones políticas se reforzaban mientras trascendían al propio movimiento, aspecto que daba continuidad a

la proliferación de militancias y luchas en cada contexto. Señala una activista madrileña:

Del zapatismo la gente se va no porque la cosa acabe, sino porque se van a trabajar a otro sitio y entonces eso se mantiene, y te encuentras gente que ha estado trabajando en un grupo y te lo encuentras un día en la calle y recuerda esa historia con mucho gusto y te dice que está trabajando en no sé qué historia, en no sé qué movida (entrevista, julio de 2013).

En el trabajo cotidiano, el cuidado de la historia y de la memoria atendía no sólo al movimiento en Chiapas, sino a la provisión de las lecturas críticas de los códigos dominantes que se buscaba romper en el propio contexto, como se ve en el siguiente pasaje:

Eso es un verdadero problema con la gente joven, a la que tienes que volver a explicar de dónde vienen, quiénes son y por qué están ahí [las y los zapatistas], como sucedía hace 20 años cuando empezó todo. Esto para que posteriormente les puedas explicar sus logros en autonomía y organización colectiva como un proyecto de mundo que, en vez de dividir en izquierda y derecha, recurre al abajo y el arriba para separar, de manera más fidedigna, la situación política y la dominación (entrevista, julio de 2013).

La red de alianzas que abarcaba en Europa a Grecia, Italia, Dinamarca, Alemania, el Estado español, Francia, Noruega, Suecia, Inglaterra, por mencionar algunos países (Martínez, 2006; Rovira, 2009), permitió espacios de encuentro y aprendizaje entre esfuerzos contenciosos a lo largo del continente. Un activista alemán menciona:

Para mí lo importante no es ir tanto difundiendo el zapatismo como escuchando a la gente en sus problemas, en sus luchas. Se trata, creo, de ir creando otra vez lo común en Europa y en el mundo. Nos damos cuenta que las peleas no nos ayudan, es eso lo que quiere el neoliberalismo. Se trata de que todos participemos y hagamos luchas; yo creo que eso en la red sí se ha conseguido (entrevista, agosto de 2013).

La resignificación de ideas y prácticas históricas de las distintas luchas de izquierda –como el trabajo en el propio contexto o la elaboración de programas internacionales de lucha– y la organización e intervención políticas salidas de las denuncias y del proyecto rebelde, permitieron que la historia y la acción política dieran lugar a alternativas que comenzaron a estructurar las visiones de cambio de los participantes de esta parte de la vertiente externa del zapatismo, en un movimiento en espiral que mediante los símbolos producidos por este actor colectivo empujó nuevas identificaciones:

Si se me apura, incluso podría ser el destello y feliz ensayo de lo que daría consistencia a una sociedad alternativa y libertaria. Es decir, ese puente zapatista hacia un mundo nuevo y mejor que, inconsciente o muy conscientemente, se refleja y aproxima al proyecto anarquista (activista madrileño, entrevista, junio de 2013).

Otro de los participantes del movimiento apunta:

Ponernos zapatistas de Barcelona, pero porque hacías una forma de política que la nombrabas y la gente la identificaba como zapatista. Nosotros decíamos no nos vamos a poner a hacer el indio, bueno, eso sería hacer el ridículo, o sea, nosotros no somos indios, pero sí aspiramos, como los indios, a una democracia, a lo que persigue nuestra propia tradición de luchas (activista catalán, entrevista, mayo de 2013).

La flexibilidad y laxitud con las cuales se mantenía en Europa el compromiso con el zapatismo, debido a la pluralidad de luchas en las que se participaba, reforzaron la confianza en un proyecto que se sigue rehaciendo gracias a la creatividad de quienes en él participan. Además de las acciones relacionadas con Chiapas, se llevan a cabo emprendimientos solidarios con otras luchas en México, América Latina, África y el resto de Europa. En las ciudades, las acciones contra los intentos de desalojo de espacios *okupados*, las acampadas, el apoyo a los migrantes y presos políticos, la participación en contracumbres, el involucramiento en redes de comercio justo, la organi-

zación de fiestas de barrio alternativas o el despliegue de actividades culturales como conciertos o teatro callejero, resultan ser no sólo esfuerzos de acompañamiento a personas y colectivos amenazados por la exclusión o la represión, sino espacios de aprendizaje político mutuo y enriquecimiento cultural. La confianza en el proyecto, un elemento clave que resaltaba sobre el trasfondo de pesimismo y desencanto político desencadenados por el discurso falaz del fin de la historia, fue fundamental para lanzar iniciativas con resonancia:

Ahora, nosotros sí lanzábamos cosas, siempre que dábamos una iniciativa era muy participativa, era un copia y pega, pero recréalo a tu manera, entonces tú en tu pueblo, tú en tu espacio, tienes libertad para hacer lo que quieras, entonces ésa fue nuestra clave y, claro, nos funcionó (activista catalán, entrevista, mayo de 2013).

Ya fuera en alianza con otras luchas o con el zapatismo en Chiapas, la construcción de puentes era fundamental:

El aprender a través de la contradicción, el aprender a que la distancia, que a lo mejor no es tanto la distancia en kilómetros, que a lo mejor podíamos estar más cerca de los zapatistas que de gente que estuviera aquí en el barrio, por ejemplo; que el tiempo y la distancia como que se acortan en cuanto hay algo que nos une y que va más allá de una bandera, va más allá de una ideología concreta; es una forma de hacer que por alguna razón te conecta, es como una red invisible que te une con una cultura diferente a la tuya, con una lengua que no tiene nada que ver con la tuya, pero sí que hay un proceso que habla más de la comunidad desde los valores básicos de la solidaridad, el apoyo mutuo, la comunidad, el trabajo comunitario, la repartición de beneficios, si lo puedes llamar de alguna manera (activista catalana, entrevista, mayo de 2013).

En efecto, contra estas experiencias jugaban la centralización, la saturación de actividades, la preferencia en las alianzas con colectivos que se plegaban más a la línea de acción del EZLN, la falta de información sobre México o la poca reciprocidad del EZLN y

sus comunidades bases de apoyo (Aranda, 2014). Sin embargo, la solidaridad y la intervención política continuaron durante un buen número de años; se lee en un testimonio:

Fui a Chiapas [...] unos meses después de la masacre de Acteal. La presión de la sociedad civil hizo que el gobierno mexicano cediera [...] Levantamos actas de pueblos enteros desplazados y escondidos, conocimos las condiciones de vida de los campos de desplazados, nos impresionó el silencio profundo de los habitantes de Acteal. Las tensiones que se vivían en algunas comunidades hacían que la vida de algunos campamentistas corriera peligro. Un indígena fue asesinado un día después de realizar denuncias [...] Fueron días de trabajo intenso y de un gran compañerismo [...] Durante mi estancia palpé constantemente la complicidad de un montón de mexicanos que te hacía sentir uno más allí, con una función diferente pero en igualdad de condiciones (El Lokal, 2012:80).

Hoy en día, en el contexto de las luchas europeas, caracterizadas como en muchos lugares por, entre otras cosas, el desmantelamiento de las estructuras de bienestar, la financiarización y el endeudamiento, aspectos que conllevan a la consecuente precarización de la vida, la movilización, la organización y la resonancia del zapatismo perviven, aunque con menor fuerza que aquella que el movimiento logró hasta comienzos de la década del nuevo milenio. La confrontación contenciosa y la negociación con estructuras gubernamentales siguen siendo elementos nodales de la trayectoria de los colectivos solidarios, guiados en parte por los valores del movimiento: la comunidad, el territorio y la dignidad materializados en sus dos vertientes. Los puentes con otras luchas se manifiestan tanto en el fuerte anclaje e impacto local de las acciones contenciosas como en la confluencia, la solidaridad y el acompañamiento a escala transnacional. Si el movimiento en Chiapas logró expandirse gracias a las acciones y visibilidad que le otorgaron los colectivos y las personas solidarias, tenemos que decir que el núcleo del zapatismo hizo lo propio con las luchas en otras geografías. La innovación y la creatividad, manifiestas en las acciones de la vertiente externa del zapatismo, permitieron

que mucha gente se sintiera atraída hacia la lucha, legitimándola y haciéndola crecer. Sin duda, después de la caída del muro de Berlín, el zapatismo fue el elemento que permitió renovar las luchas de la izquierda mediante su reencuentro, del cual salieron códigos distintos de lectura de la realidad que abrieron la posibilidad para visiones y prácticas de cambio societal amplio.

Si la dimensión cultural en los movimientos refiere a aquellos pensamientos, ideas, sentimientos o moralidades que otorgan significado al mundo (Jasper, 2014), entonces hay que prestar atención empírica a las intervenciones político-culturales de las organizaciones y colectivos de los movimientos sociales. Además de los actos explícitamente políticos, que como los culturales son producto de estructuras organizativas contingentes y frágiles, las actividades como la planeación de conciertos, las proyecciones cinematográficas, el teatro callejero, las jornadas de pintas, los talleres de serigrafía y las exposiciones, por mencionar algunas, se enfocan también en el cuestionamiento de los códigos dominantes del capitalismo.³ La influencia notable de este conjunto de intervenciones debe su fuerza en parte a las militancias múltiples y compartidas de colectivos diversos aliados, así como a los viajes, redes de contactos y experiencias en otras latitudes geográficas. En este caso, los encuentros político-culturales como los denominados *Encuentros de los pueblos zapatistas con los pueblos del mundo* que se llevaron a cabo entre los años 2006 y 2007 en territorios zapatistas, son una clara muestra de la convergencia de las luchas locales y globales que permiten reforzar las dos vertientes del movimiento zapatista, así como las diversas luchas de los asistentes a dichos eventos.

Ahora bien, como elemento central de la intervención político-cultural, el trabajo sobre las emociones de las personas integrantes del movimiento es también una prioridad. En el caso de los colectivos europeos, los talleres de trabajo emocional con personas que

³ Una mención aparte merecen las actividades económicas alternativas (cooperativas, redes de comercio justo, librerías, talleres de proyectos productivos autogestivos, por mencionar algunas) que los colectivos llevan a cabo sobre las mismas bases organizacionales, en cuyo centro está igualmente el cuestionamiento de dichos códigos.

perdieron el empleo, que fueron víctimas de la represión policial en las protestas o que en los colectivos sufren las violencias machistas al interior del movimiento, cuentan como ejemplos de esa parte vital de la cultura que señala Jasper (2014). En esta dimensión, la apertura a otras experiencias por parte de los activistas del movimiento es fundamental: “En el colectivo aprendí sobre la represión en otros países, también a ser más tolerante y abierta. Debes olvidar los prejuicios que son normales en esta sociedad, debes aceptar otras formas y sentimientos extraños para ti” (activista alemana, entrevista, marzo de 2013). Finalmente, este tipo de intervenciones expone mucho del esfuerzo organizativo y del alcance de las propuestas que durante la trayectoria del movimiento se han lanzado:

Una vez teníamos un grupo de Israel y Palestina que han preguntado que si ellos podían hacer una ronda de charlas, información en Alemania, y nosotros como red estuvimos organizando una gira. También hacemos muchas manifestaciones como ésta de la banda de rock que vino de México; también había tres grupos dentro de la red que lo han organizado, que estaban en Frankfurt, en Düsseldorf y en Hamburg. Y también hubo un festival o *congress* y hemos dicho que es un *festigress*, es como ambos, hay música, pero también hay muchas charlas que ya fueron como tres veces. Yo creo que empezó en 2009, 2010 y 2011. La primera vez fue en Frankfurt, después cerca de Hannover y luego en una ciudad entre Hamburg y Berlín, más o menos, donde hay un gran basurero nuclear (activista alemana, entrevista, agosto de 2013).

El zapatismo reactivó muchos procesos organizativos en distintos espacios nacionales e internacionales. La dimensión cultural del movimiento zapatista abona a las posibilidades y necesidades del cambio social, lo que ha permitido la construcción de su proyecto autonómico (vertiente interna), así como la organización de una serie de formas organizativas y de lucha en diversas latitudes del mundo (vertiente externa). Como movimiento político que apunta al cambio social –suma del cambio cultural y del cambio político-institucional como señala Castells (2010)– el zapatismo es, sin duda, un sujeto

político colectivo de carácter transformador con gran influencia y relevancia en México y en el mundo.

Consideraciones finales

El estudio de los cambios políticos y culturales que ha traído consigo el zapatismo, gracias al intenso trabajo tanto en su vertiente interna como externa, nos muestra que el cuestionamiento de, y la ruptura con, los códigos dominantes es central para empujar cambios en los símbolos, ideas, motivaciones, valores y prácticas, sobre cuya base se continúan resignificando la historia y la memoria de las luchas de los movimientos sociales. Por sólo mencionar dos ejemplos al respecto, es importante recordar el legado que el zapatismo tuvo en movimientos subsecuentes a su emergencia pública, como fue el caso del movimiento estudiantil popular de los estudiantes que en 1999 se opusieron al cobro de cuotas y exigían la democratización de la universidad, quienes en su estructura organizativa intentaron implementar las ideas del mandar obedeciendo (Ramírez Zaragoza, 2009, 2011); lo mismo sucede con la experiencia organizativa que representó el Congreso Nacional Indígena (CNI) en 1996 y que continúa organizando la resistencia de los pueblos indígenas y articulando sus demandas bajo los principios del mandar obedeciendo (Ramírez Zaragoza, 2019).

La cultura política democrática sustentada en el mandar obedeciendo ha dado lugar a nuevas instituciones políticas y sociales legitimadas por las personas y colectivos que las hacen posibles. El principio democrático del pueblo que se gobierna a sí mismo, no sin contratiempos, se extiende no sólo al pueblo indígena zapatista, sino a esfuerzos organizativos que emergen como otros pueblos en distintas geografías. Los compromisos, las concepciones y prácticas alternativas que son producto del cuestionamiento, la negociación y la ruptura, desatan procesos de aprendizaje, solidaridad y transformación de subjetividades políticas y culturales en varias partes del mundo. El impacto local y transnacional del zapatismo ha estado renovando la esperanza

de cambio durante dos décadas y media, sobre el trabajo de esfuerzos y proyectos que hicieron de manera exitosa, precediéndole y luchando por una mejor sociedad, buscando alternativas tanto al capitalismo como a la democracia de corte liberal.

Las instituciones de la autonomía zapatista son el producto concreto de una lucha larga, tal y como lo son el trabajo colaborativo y la solidaridad que siguen un proyecto alternativo que ha logrado cambios notables en ámbitos locales, regionales y nacionales en México y distintas partes del mundo, basadas en la conformación de una cultura política democrática y democratizadora. En el plano transnacional, si bien el zapatismo ha perdido presencia, aún persisten esfuerzos organizativos dirigidos a retomar y renovar los principios políticos de la práctica política zapatista que apunta a la conformación de más sujetos políticos transformadores. La lección zapatista, pese a las asimetrías que todavía perviven en el movimiento, muestra la posibilidad de construir puentes que se rehacen constantemente con base en nuevas lecturas, denuncias y propuestas de un mundo distinto. Y si esto no es así, queda abierto el debate que esperamos haber renovado aquí.

Referencias

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2014), “La nueva etapa del neozapatismo mexicano”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 21, pp. 7-28.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2019), “La nueva etapa del neozapatismo mexicano”, en Javier Aguilar (coord.), *Los movimientos sociales en la vida política mexicana*, IIS-UNAM, México, pp. 171-210.
- Andrews, Abigail (2011), “How Activist ‘Take Zapatismo at Home’. South-to-North Dynamics in Transnational Social Movements”, *Latin American Perspectives*, vol. 38, núm. 1, pp. 138-152.
- Aranda Andrade, Marco (2014), *¿Si nos tocan a unx, nos tocan a todxs! Un estudio sociológico sobre la solidaridad en el neozapatismo: 1994-2013*, tesis de doctorado, El Colegio de México, México.

- Aranda Andrade, Marco (2017a), “La institucionalización del proyecto zapatista: autonomía, democracia y gobierno en el sureste mexicano”, *Trayectorias*, vol. 19, núm. 44, pp. 23-42.
- Aranda Andrade, Marco (2017b), “El neozapatismo europeo: trayectorias y actuaciones contenciosas en Alemania y el Estado español”, en Javier Aguilar García (coord.), *Movimientos sociales en México y Latinoamérica*, IIS-UNAM, México, pp. 181-200.
- Aranda Andrade, Marco y Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (2019), “Movimientos sociales y democracia: dimensiones políticas y culturales de la iniciativa zapatista de candidatura independiente”, *Movimientos. Revista Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales*, vol. 3, núm. 2, pp. 32-56.
- Baronet, Bruno, Mariana Mora Bayo y Richard Stahler-Sholk (coords.) (2011), *Luchas “muy otras”. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*, UAM-X/UACH/CIESAS, México.
- Castells, Manuel (2010), *Poder y comunicación*, Alianza Editorial, Madrid.
- Cunningham, Patrick y Carolina Ballesteros (1998), “A Rainbow at Midnight: Zapatistas and Autonomy”, *Capital & Class*, vol. 22, núm. 3, pp. 12-22.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani (2006), *Social Movements. An Introduction*, Blackwell, Oxford.
- Díaz Polanco, Héctor y Consuelo Sánchez (2002), *México diverso. El debate por la autonomía*, Siglo XXI, México.
- El Lokal (coord.) (2012), *El Lokal, desde 1987, un rincón libertario en Barcelona*, El Lokal-Asociación cultural El Raval, Barcelona.
- Estrada Saavedra, Marco (2007), *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las cañadas tojolabales de la Selva Lacandona (1930-2005)*, El Colegio de México, México.
- García Agustín, Óscar (2013), *Discurso y autonomía zapatista. La institucionalización de la rebeldía*, Peter Lang, Frankfurt am Main.
- García Agustín, Óscar (2017), “Dialogic Cosmopolitanism and the New Wave of Movements: From Local Rupture to Global Openness”, *Globalizations*, vol. 14, núm. 5, pp. 700-713.

- Jasper, James (2014), *Protest: A Cultural Introduction to Social Movements*, Polity Press, Cambridge.
- Martínez, Demián (2016), “Las mujeres en el neozapatismo”, en Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (coord.), *Movimientos sociales en México. Apuntes teóricos y estudios de caso*, UAM/Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales/Conacyt/Colofón Ediciones Académicas, México, pp. 275-304.
- Martínez Arias, Víctor (2006), *Zapatismo, resistencia global y luchas locales en el Estado español*, tesis de maestría, Universidad Internacional de Andalucía, España.
- Martínez Torres, María (2001), “Civil Society, The Internet and The Zapatistas”, *Peace Review*, vol. 13, núm. 3, pp. 347-355.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México.
- Núñez Rodríguez, Violeta, Adriana Gómez y Luciano Concheiro (2013), “La tierra en Chiapas en el marco de los 20 años de la rebelión zapatista: la historia, la transformación, la permanencia”, *Argumentos*, núm. 73, año 26, septiembre-diciembre, UAM-X, México, pp. 37-54.
- Olesen, Thomas (2005), *International Zapatismo. The Construction of Solidarity in The Age of Globalization*, Zed Books, Nueva York.
- Pérez Ruiz, Maya (2005), *¡Todos somos Zapatistas! Alianzas y rupturas entre el EZLN y las organizaciones indígenas de México*, INAH, México.
- Pleyers, Geoffrey (2010), “El altermundismo en México. Actores, culturas políticas y prácticas contra el neoliberalismo”, en Ilán Bizberg y Francisco Zapata (coords.), *Los grandes problemas de México, vol. VI, Movimientos sociales*, El Colegio de México, México, pp. 361-395.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2008), *La autonomía y la otra campaña van. El movimiento zapatista y sus impactos en la transición procedimental de la democracia y el cambio social*, Praxis y Utopía, México.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2009), “El Consejo General de Huelga de la UNAM y sus aliados. Un movimiento estudiantil-popular contra el neoliberalismo”, en vv.AA., *Yo soy huelguista y soy de la UNAM. Análisis y reflexiones sobre el movimiento universitario de 1999-2000*, Redez, México, pp. 79-100.

- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2010), “El movimiento zapatista y sus impactos en la transición democrática y en la conformación de una nueva cultura política democrática en los indígenas”, *Crítica jurídica*, núm. 30, pp. 87-119.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2011), “El papel de la escuela en los municipios autónomos zapatistas: la educación popular como campo de intervención de los trabajadores sociales”, *Trabajo social*, núm. 2, pp. 128-159.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2017), “Pensar los movimientos sociales en el siglo XXI. Una reflexión desde el neozapatismo”, en Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (coord.), *Movimientos sociales en México. Apuntes y estudios de caso*, UAM/Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales/Colofón, México, pp. 61-110.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2019), *Autonomía, cultura política y democracia en el movimiento zapatista*, Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales/Conacyt, México.
- Romero, Raúl (2016), “Autonomía y desarrollo autosostenible en el neozapatismo. Caminos para la emancipación”, en Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (coord.), *Movimientos sociales en México. Apuntes teóricos y estudios de caso*, UAM/Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales/Conacyt/Colofón Ediciones Académicas, México, pp. 247-273.
- Rovira, Guiomar (2009), *Zapatistas sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*, Era, México.
- Santos, Boaventura de Sousa y José Manuel Mendes (eds.) (2017), *Demodiversidad. Imaginar nuevas posibilidades democráticas*, Akal, México.
- Snow, David y Robert Benford (1992), “Master Frames and Cycles of Protest”, en A. Morris y C. McClurg (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Heaven, pp. 133-155.

Fecha de recepción: 24/07/19

Fecha de aceptación: 14/10/19